

# “Contar el hallazgo: ¿entre el relato y el rigor?”. La práctica de la libertad en un espacio reglado

Mariela Cuadro<sup>1</sup>

## 1. Introducción

Los modos de saber, las formas de conocimiento, los órdenes disciplinares dictan reglas. Nos marcan los límites de lo que podemos hacer, pensar y ser. Esos límites nos distinguen del no-saber y nos separan de otras regiones y ámbitos de conocimiento. Y al hacerlo trazan un espacio de libertad, es decir, nos encierran dentro de unos márgenes al interior de los cuales podemos ser libres.

Escribimos encerrados en estos límites que funcionan como campo de juego de un número siempre limitado de formas de entender, de capturar lo fenoménico. Pero esos límites son históricos: han sido forzados, estirados, hendidos. Y si han admitido -y admiten- ese dinamismo, es porque son políticos. En este sentido, la pregunta por el saber es una pregunta por el poder. Escribimos sobre lo escrito y ampliamos los márgenes, hacemos espacio para respirar, para pensar. Escribimos y, al mismo tiempo, reproducimos y producimos conocimiento, es decir, interpretaciones regladas. Y, así, al escribir, también hacemos la realidad.

Celebro, entonces, que nos demos un tiempo para reflexionar sobre esta práctica cotidiana. Y más en este contexto político, con una libertad devenida objeto fijo y pre-determinado, cosa a alcanzar a través del hartazgo, la ira, la violencia. ¿Para qué sirve investigar? ¿Para qué sirve escribir?

La pregunta que a mí todavía me ata a esta práctica laboral cotidiana es: ¿cómo correr esos límites? ¿Cómo ampliar los márgenes para sumar otras formas de hacer, pensar y seral espacio del saber? En síntesis, ¿cómo practicar la libertad?

Organicé mi exposición en seis figuras o tópicos o cuestiones que se me aparecieron a partir de la lectura del título de la mesa y de las preguntas que la articularon<sup>2</sup>.

---

**Recibido: 1 de noviembre 2023 ~ Aceptado: 7 de noviembre de 2023 ~ Publicado: 30 de noviembre de 2023**

<sup>1</sup> Licenciada en Sociología (UBA). Doctora en Relaciones Internacionales (UNLP). Investigadora del Conicet- Instituto de Investigaciones Políticas/Escuela de Política y Gobierno, UNSAM. Directora de la Licenciatura en Relaciones Internacionales UNSAM. Correo electrónico: mcuadro@unsam.edu.ar   
<https://orcid.org/0000-0003-1142-9980>

<sup>2</sup> Este ensayo fue presentado en la Mesa 2 de las Segundas Jornadas “Escribir lo social” organizadas por la Escuela IDAES y la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín en octubre de 2023.

## 2. Escribir y lo escrito

Aquí -entre el escribir y lo escrito- se encuentra la tensión que me interesa pensar. En este sentido, me gustaría correr la atención del binarismo relato/rigor que insinúa el título de la mesa: creo que ese es un binarismo impuesto por otros.

En última instancia, creo que cualesquiera sean los supuestos epistemológicos y ontológicos a los que adscribamos, el conocimiento es un cúmulo de interpretaciones regladas (más o menos conscientes de sus limitaciones). Esto no lo hace menos válido como práctica social. En todo caso, subraya su carácter histórico y político, ya sea que creamos en una ciencia mayormente poblada de números y variables medibles, o que creamos en un conocimiento habitado por interpretaciones y relaciones de poder (Creo que cuando tenemos que defender nuestro trabajo, no lo tenemos que hacer desde una óptica de mostrar resultados o solucionar problemas inmediatos, es decir, desde la idea de “utilidad”. Creo que hay que defender -y más aun tratándose de Ciencias Sociales- que no toda disciplina, ni todo conocimiento funciona así).

Entonces, donde sí identifico una tensión es en la díada escribir/lo escrito. Escribir es practicar la libertad, es jugar, es el mundo siendo tejido, es proceso, posibilidades siempre abiertas, los dados girando. Pero escribir deviene necesariamente en lo escrito y lo escrito ya es cosa seria porque supone fijaciones. Por suerte, estas son siempre parciales porque están las lecturas -que son reescrituras- que no permiten que el mundo se detenga, se haga uno, se sedimente.

### I. Escribir es recortar

Escribir es también diferenciarse, marcar un territorio que no cesa de ser desbordado, defracasar en su intento de asir lo inasible. La escritura traza límites y es, en sí misma, un límite: líneas que dibujamos diferenciando el trazo del papel que permanece como fondo necesario. Está, entonces, lo que no se puede escribir para que la escritura efectúe su diferencia y, por lo tanto, funcione. De esta manera, también nos señala los límites del conocimiento.

Por supuesto, los datos -lo que funciona como evidencia- también se escriben, también son líneas que se recortan contra un fondo. En este sentido, también son recorte. Suele hablarse de los datos como fotografías de la realidad. Pero la fotografía no es la realidad, no la re-presenta (en el sentido de “volver a presentarla”): la fotografía es un recorte que se compone. Como los datos.

Entonces, si ambos son recorte, ¿qué diferencia a la escritura de los datos? O, en términos del título de la mesa, ¿al relato del rigor? A través del proceso de recorte y extracción con el que se elaboran y de la interpretación a la que son sometidos, ¿los datos no nos cuentan también una historia? ¿Los relatos no pueden también ser

rigurosos? Hacer conocimiento, ¿no es, en última instancia, contarnos historias?

## II. Fetichismo metodológico

Esta concepción epistemológica que historiza los modos de saber y las formas de hacer conocimiento, desplaza el problema de la metodología (o, más precisamente, de los métodos) hacia las relaciones entre esta y la pregunta: ¿Anteponemos el método a la pregunta o la pregunta al método?

Creo que muchas miradas teóricas o incluso disciplinares en las Ciencias Sociales (sobre todo aquellas basadas en los modos de hacer conocimiento en Estados Unidos) sufren de cierto fetichismo metodológico, es decir, consideran que lo central del conocimiento, lo que lo valida, es el método utilizado.

Es posible que este sea un mecanismo de defensa ante cierta inseguridad frente a la que es erguida como Ciencia con mayúscula -me refiero a las Ciencias Exactas, por supuesto-, que mandata, prescribe, asemejarse lo más posible a ella. Entonces, se remplazan las palabras por números y se tornan cuantificables, medibles, las relaciones. Así, se elaboran complejos artefactos que buscan reducir a una imagen poblada de números ávidos de causalidad, una maraña de sujetos, rasgos, prácticas, relaciones. Mi impresión es que, muchas veces, de ese infatigable esfuerzo que supone convertir fenómenos en palabras y palabras en números se desprenden verdades que, en lugar de cuestionar o desafiar al sentido común, lo refuerzan.

## III. El sujeto soberano

Este fetichismo metodológico pone en evidencia la vocación soberana del sujeto de conocimiento moderno, es decir, la vocación de controlar, ordenar, organizar, en fin, gobernar una relación social que se escabulle sin remedio.

Así, el problema no es tanto la metodología, sino los supuestos epistemológicos, ontológicos y de sujeto que sostienen ese fetichismo metodológico. ¿Cómo llegamos a creer que podemos o que debemos extraerle la verdad a los objetos? ¿Qué otros modos de comprender y relacionarnos con el mundo y con los otros tuvimos o tenemos que resignar para construir ese objeto? ¿Qué ha hecho de nosotros ese movimiento?

## IV. Escribir, ¿para qué?

Escribimos por placer, por necesidad, por trabajo. Vale. Pero, ¿qué queremos que suceda con lo escrito por nosotros? ¿Para qué escribimos? ¿Para quiénes escribimos? Esta es una pregunta que, en mi caso, insiste. Me niego a escribir por presiones ególatras. Me gustaría poder negarme a escribir por presiones

institucionales. En cambio, me gusta la idea de escribir por necesidad, porque tengo algo que decir.

El problema cada vez mayor que encuentro es el destinatario: no quiero escribirle a nadie en particular, pero termino escribiendo para mis colegas, es decir, para mis iguales, para aquellos con los que comparto un mismo lenguaje (aunque no siempre una misma lengua). Intuyo que, de esta manera, el encierro se densifica en un contexto que –creo– precisa sobre todo de transversalidad: cruzar clases, espacios geográficos, culturas, religiones, historias, experiencias. ¿Cómo hacerlo a través de la escritura sin tener que pasar por la traducción?

## V. ¿Cómo escribimos?

Por último, quería abordar una cuestión que puede o no ser un asunto más bien disciplinar: escribir en una lengua otra (específicamente, en inglés). Por las características locales y globales del campo disciplinar en el que circulo (las RI), muchas discusiones se dan en inglés y, por momentos, me encuentro no solo escribiendo casi exclusivamente en esa lengua, sino también pensando en ella y con ella.

A partir de aquí emergen distintas problemáticas:

Primero. La problemática de la traducción: ¿escribir en español y traducir al inglés o escribir directamente en inglés? ¿Qué se pierde en términos de riqueza de expresiones, de formas de decir, de giros y usos de la lengua cuando se traduce? ¿Es posible la traducción?

Segundo. Si no concebimos a la lengua como mero instrumento de comunicación, sino como parte constitutiva de lo que podemos experimentar, ¿qué experiencias se pierden al pensar o al escribir en una lengua-otra? ¿Qué es lo que no podemos decir no solo por falta de vocabulario, sino porque esas ideas no son pensables en esa lengua-otra?

Tercero. ¿Quiénes nos leen y, por tanto, nos reescriben cuando escribimos en inglés?

## 3. Palabras finales

El título de la mesa nos habla de que se trataría de hallar, encontrar algo. ¿Qué se encuentra cuando se escribe? La escritura se nos presenta como dominio privilegiado, condición de posibilidad del conocimiento científico. Así, al escribir producimos y reproducimos el mundo y sus relaciones, desplazando otros modos de conocer y de ser. Se escribe aun antes de escribir, se escribe cuando se trazan las primeras relaciones, las primeras ideas que nacen de nuestras experiencias inscriptas en nuestras creencias. Escribimos y nos escribimos, nos desarmamos,

practicamos la libertad. La escritura deviene indefectiblemente en lo escrito: volvemos a encerrarnos. Las palabras no alcanzan: el hallazgo no deja de transformarse en pregunta. Y seguimos escribiendo, poblando de palabras el mundo.

Un hombre llamado Gutenberg -a él y a sus imitadores los llamaron impresores- era el peón de esa Gran Conspiración, y multiplicó las palabras de una manera que nunca habrían podido imitar la mano laboriosa, el dedo paciente y la pluma meticulosa, y las palabras, las palabras, las palabras se extendieron rodando por todas partes como cuentas de un collar al que se le hubiera roto el hilo. Las palabras escritas invadieron las puertas de nuestras calles, las pastillas de jabón y los paquetes de huevos como hambrientas y enloquecidas cucarachas. Y así los objetos y las palabras, que en tiempos habían sido uña y carne, se dieron la espalda. Y así, cuando de noche la luz de la Luna nos pregunta qué es el tiempo, cuando nos pregunta qué es la vida, qué es la tristeza, qué es el dolor, mezclamos todas esas respuestas que habíamos sabido en nuestros corazones como las mezcla el estudiante que se pasa la noche anterior al examen aprendiéndose de memoria la asignatura. (Orhan Pamuk, *La vida nueva*).